

Renacimiento del interés en la desigualdad creciente y sus consecuencias, crítica de la ciencia económica actual y necesidad de una ciencia social emancipatoria

Julio Boltvinik^I

Resumen

La crisis global iniciada en 2008 catapultó la conciencia social sobre la creciente e insultante desigualdad, lo que estimuló a los académicos a investigar más a fondo el tema y publicar una gran cantidad de libros y artículos. El presente artículo se apoya, sobre todo, en libros de Stiglitz y Piketty que examinan la agudización de la desigualdad a partir de 1980, concentrándose el ingreso y la riqueza, de origen crecientemente rentista en el 1 % más rico en desmedro del discurso meritocrático. Se destacan las graves consecuencias económicas, políticas y morales que ello acarrea. Se asocia el análisis de Stiglitz con la teoría de la justicia de Rawls, mostrando que el principio de la diferencia no está operando en la realidad capitalista de EE. UU.: la creciente desigualdad no mejora las condiciones de vida de los peor situados. La crítica de Piketty a la economía, el movimiento de la economía posautista y la postura de Erik Olin Wright sobre el papel de las ciencias sociales en la transformación poscapitalista del mundo, conducen el argumento a la necesidad de la ciencia social emancipatoria y a la incompatibilidad entre democracia y capitalismo.

Palabras clave: desigualdad – capital – rentismo – pauperización moral – ciencia social emancipatoria.

Abstract

The global crisis that began in 2008 catapulted social awareness of growing and insulting inequality, prompting academics to research the subject further and publish a flood of books and articles. The article relies, above all, on books by Stiglitz and Piketty that examine the worsening of inequality since 1980, concentrating income and wealth, of increasingly rentier origin, in the richest 1% to the detriment of meritocratic discourse. The serious economic, political and moral consequences of this tendency are highlighted. Stiglitz's analysis is associated with Rawls' theory of justice, showing that the difference principle is not operating in America's capitalist reality: growing inequality does not improve the living conditions of the worst placed. Piketty's critique of economics, the movement of post-autistic economics, and Erik Olin Wright's stance on the role of the social

^I Economista y Dr. en Ciencias Sociales de El Colegio de México. Profesor-investigador de tiempo completo. Correo electrónico: julio.boltvinik@gmail.com

sciences in the post-capitalist transformation of the world, lead the argument to the need for emancipatory social science and the incompatibility between democracy and capitalism. The article includes 5 graphs with empirical information.

Keywords: inequality – capital – rentism – moral pauperisation – emancipatory social science.

Introducción. La desigualdad creciente hace resurgir conciencia, ira e investigación

En la tradición de izquierda en México la pobreza fue siempre vista con desconfianza y la injusticia social se asoció siempre con la desigualdad. El expresidente de Ecuador, Rafael Correa, señaló en alguna ocasión que “La pobreza en América Latina no es fruto de la escasez de recursos sino de la inequidad”. Añadió que “la inequidad debe enfrentarse cambiando las relaciones de poder al interior de las sociedades por medio de procesos profundamente democráticos”. Inequidad y desigualdad son términos muy cercanos. El primero enfatiza la injusticia, mientras el segundo es más descriptivo. Erik Olin Wright (1994, p. 21) dice que la desigualdad consiste en que diferentes unidades (personas, familias, grupos sociales, naciones) posean montos diferentes de algún atributo valioso (ingresos, riqueza, estatus, poder). Correa tiene claro que no es sólo el tamaño del pastel lo que cuenta sino también cómo se distribuye éste entre los comensales. Pobreza y desigualdad están estrechamente ligadas y deben ser estudiadas conjuntamente.

Los indignados, *Ocupa Wall Street* y otros movimientos de resistencia y protesta recientes, con su conciencia aguda sobre la desigualdad (“nosotros somos el 99 %”) y la ira que les acompaña, han estimulado una producción intelectual creciente al respecto en la que destacan dos economistas: 1) Joseph E. Stiglitz, *The Price of Inequality* (2013); y 2) Thomas Piketty, *Le Capital au XXIe siècle* (2013/2014a y 2014b). Aunque no los analizaré en este artículo otros notables libros de esta nueva ola sobre el tema han sido Milanovic (2011 y 2016), Therborn (2013), Sassen (2014), Atkinson (2015), Stiglitz (2015). Sobre el libro de Piketty dice Paul Krugman (2014) que:

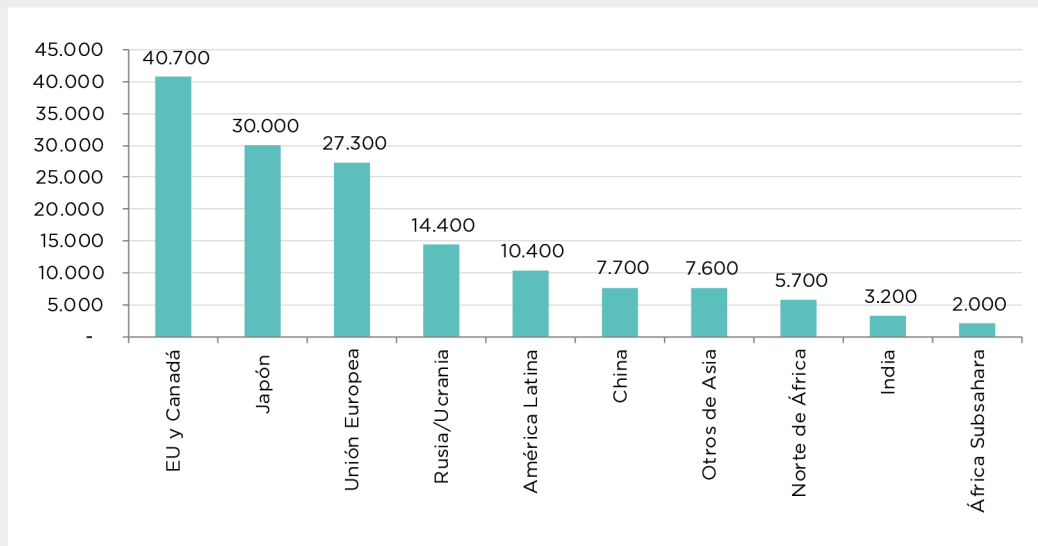
Es un fenómeno genuino. Otros libros sobre economía han sido éxitos de librería, pero el aporte de Piketty es serio; se trata de un trabajo erudito, modificador de líneas de pensamiento, en una forma que no es común en la mayoría de los más vendidos. *Y los conservadores están aterrorizados* (...) la derecha parece incapaz de montar cualquier tipo de contraataque sustancial a la tesis de Piketty. En vez de eso, toda la respuesta ha consistido en insultos, afirmaciones de que Piketty es marxista como encasillan a cualquiera que considere que la desigualdad del ingreso y la riqueza es un asunto importante (...) *Lo que es realmente nuevo es que de-*

riba el máspreciado de los mitos de los conservadores: la insistencia en que estamos viviendo en una meritocracia en la que la gran riqueza se gana y se merece. Piketty muestra que las sociedades occidentales anteriores a la 1ª Guerra Mundial estaban dominadas por una oligarquía de riqueza heredada y su libro argumenta convincentemente que estamos bien encaminados de vuelta a aquel estado de cosas. Así las cosas, ¿qué va a hacer un conservador temeroso de que este diagnóstico se pueda utilizar como justificación para impuestos más altos a los ricos? (...) El pánico causado por Piketty muestra que la derecha se ha quedado sin ideas.

El libro de Piketty, muy extenso, está formado de cuatro partes. La tercera se denomina “La estructura de la desigualdad” pero el tema aparece desde la primera parte. De ahí he tomado los datos para la Gráfica 1 que muestra la desigualdad del PIB promedio por persona entre 10 regiones del planeta.

Stiglitz explica el título de su libro, centrado casi totalmente en EE. UU.: “Estamos, de hecho, pagando un alto precio por nuestra creciente y desmesurada desigualdad: no sólo crecimiento más lento y PIB más bajo sino mayor inestabilidad. Y esto sin decir nada sobre los otros precios que estamos pagando: una democracia debilitada, una percepción de justicia y equidad disminuidas e incluso, como lo he sugerido, un cuestionamiento de nuestra identidad” (p. liii). Stiglitz sostiene que la situación actual de EE. UU. y Europa refleja tanto la falla del sistema económico como del político... de manera creciente, especialmente en EE. UU., parece que el sistema político está más cerca de ‘un dólar un voto’ que de ‘una persona un voto’” (p. xlix-1). Stiglitz pinta un panorama mucho más grave: el deterioro económico y político ha ido acompañado de la “pauperización moral”: muchas personas del sector financiero, pero no sólo de ahí, *se quedaron sin brújula moral*, lo que refleja algo socialmente muy significativo. Entre los males que se están generando, y que se reflejan en las protestas de los indignados (que Stiglitz escribe en español) la desigualdad, la contaminación, el desempleo, pero “más importante de todo, la degradación de valores hasta el punto donde todo es aceptable y nadie es responsable” (p. xlviii). Entre sus deudas intelectuales, Stiglitz menciona la investigación minuciosa de Emmanuel Saez y Thomas Piketty, lo que vincula ambos libros.

Gráfico 1
PIB per cápita en 10 regiones del mundo
(euros anuales de PPA por persona)



Fuente: Elaboración propia con datos de Cuadro 1.1. de Piketty, *op.cit.* (ver texto).

Stiglitz y el problema del 1 % más rico en Estados Unidos

El Capítulo 1 del libro de Stiglitz citado es largo y esclarecedor. El autor resume en 9 los hechos “escuetos e incómodos acerca de la economía de EE. UU.”: 1) El crecimiento económico reciente ha ocurrido principalmente en el 1 % más alto de la distribución del ingreso. 2) Por tanto, la desigualdad está creciendo. 3) Los situados en las partes inferior y media han empeorado su situación respecto al 2000. 4) La desigualdad de la riqueza es aún mayor que la del ingreso. 5) Las desigualdades son visibles no sólo en el ingreso sino en otras variables que reflejan el nivel de vida, como la inseguridad y la salud. 6) La vida era ya dura en la parte baja de la distribución y con la recesión se ha hecho más dura. 7) Ha habido un vaciamiento de la clase media. 8) Hay muy poca movilidad vertical ascendente en los ingresos; la noción de que EE. UU. es una tierra de oportunidad es un mito. 9) EE. UU. tiene más desigualdad que ningún otro país industrialmente

avanzado, hace menos para corregir dichas inequidades y la desigualdad está creciendo más que en otros países. Véase en la Gráfica 2 cómo cambian los lugares de EE. UU. y México en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) cuando éste se corrige por la desigualdad. El capítulo 1 (pp. 1-2) empieza así:

La crisis financiera de 2007-2008 y la Gran Recesión que siguió dejó a un gran número de estadounidenses a la deriva entre los restos del naufragio de una forma de capitalismo crecientemente disfuncional. Un lustro después, uno de cada seis estadounidenses que quieren un empleo de tiempo completo no lo pueden encontrar; unos ocho millones de familias han sido echadas de sus viviendas; muchas más vieron los ahorros de toda su vida evaporarse; han dejado de recibir cheques de desempleo. Las personas de mediana edad se han percatado que fueron forzados a retirarse [sin pensión]. Los jóvenes egresados de la universidad, endeudados por decenas de miles de dólares, no pueden encontrar empleo alguno.

Personas que se habían arrimado en casas de amigos o parientes al principio de la crisis, ya son parte de los sin techo.

Stiglitz se surge en la descripción de la creciente desigualdad. Destaco lo siguiente: a) Uno de los saldos más oscuros de la economía de mercado, que emergió a la luz con la crisis, es la enorme y creciente desigualdad que ha dejado el tejido social de EE. UU. deshilachado en las orillas: los ricos se hacen más ricos, mientras los demás viven sufrimientos discordantes con el sueño americano. b) Hay mayor desigualdad en cualquier punto que uno rebane la distribución del ingreso: en 2007, el año anterior a la crisis, el 0.1 % más rico tenía un ingreso *220 veces más grande que el ingreso promedio del 90 % menos rico*. c) La riqueza estaba aún más concentrada que el ingreso: el 1 % poseía más de una tercera parte de la riqueza de la nación. d) EE. UU. se escinde rápidamente. Entre 2002 y 2007 el 1 % más rico se apropió del 65 % de los aumentos en el ingreso nacional. Añade una reflexión de la mayor importancia:

Si los ricos se estuviesen haciendo más ricos, *pero los de en medio y los de abajo estuviesen también mejorando*, esto sería otra cosa, especialmente si los esfuerzos de los de arriba fuesen centrales en los éxitos de los demás. Podríamos celebrar el éxito de los de arriba y estar agradecidos por sus contribuciones. Pero eso no es lo que ha estado pasando. En verdad, el ingreso de un trabajador típico, masculino de tiempo completo, se ha estancado por un tercio de siglo. Los aumentos de ingresos de la ‘recuperación’ se han concentrado abrumadoramente en los más ricos: el 1 % de arriba obtuvo el 93 % del ingreso adicional creado en 2010 comparado con 2009 (p. 3).

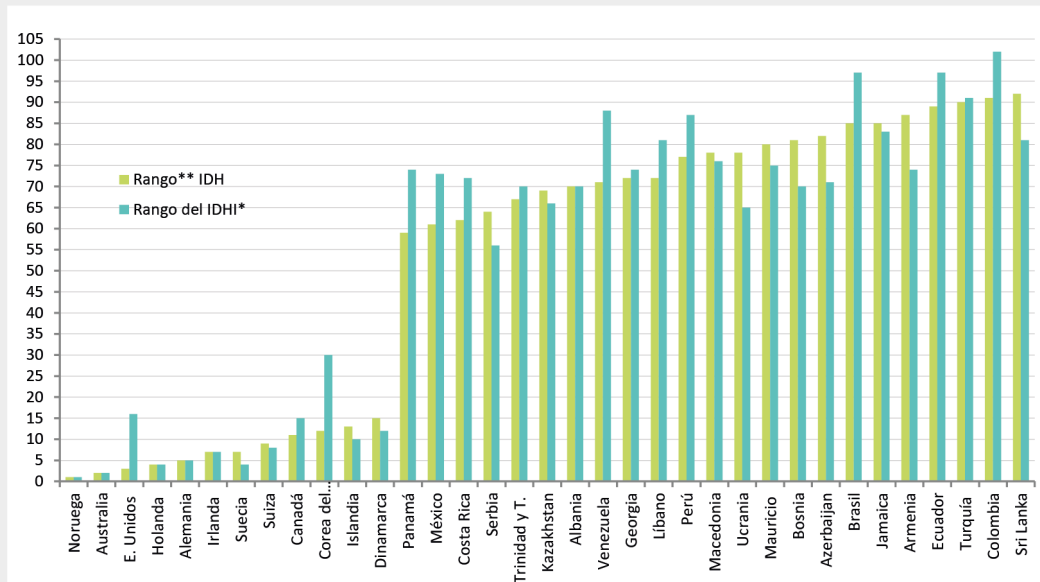
En la primera parte de la cita, Stiglitz plantea una situación hipotética que, si ocurriese, coincidiría con la teoría de la justicia más famosa: la de John Rawls. En efecto, según Thomas Pogge (destacado alumno de Rawls) el principio de la diferencia sostenido por éste mantiene que “las desigualdades económicas y sociales *deben ser para el más grande beneficio de los miembros menos aventajados de la sociedad*”. Pogge aclara que “La estructura básica ha de ser tal que no exista ningún otro diseño practicable de ella que llevase a este grupo a una situación superior. Como una primera aproximación, entonces, uno puede decir que el principio de la diferencia favorece los diseños de las instituciones socioeconómicas que producirían la mejor posible

situación para el estrato socioeconómico más bajo” (Pogge, 2007). La primera parte de la cita dibuja una condición en la que parecería cumplirse con el principio de la diferencia: si los ricos se enriquecieran pero al hacerlo, los más pobres mejoraran como no hubiesen podido mejorar con otras reglas del juego, el capitalismo reinante sería justo. Aunque Stiglitz muestra que no es así ahora, deja implícito que alguna vez el capitalismo norteamericano sí fue justo. *La Teoría de la Justicia de Rawls* es una construcción filosófica fundamental para justificar el capitalismo bueno, el capitalismo sin pobreza extrema o con el mínimo posible, que sería el único modelo social que puede lograrlo.

Cuando Stiglitz dice que “la creencia en la justicia esencial de EE. UU., que vivimos en una tierra de *igualdad de oportunidades*, nos mantiene unidos” (p. 22), manifiesta que el sueño americano expresa de otra manera la idea de Rawls de que puede haber un capitalismo justo. Pero Stiglitz añade que este es el mito americano, poderoso y duradero que, sin embargo, es cada vez más sólo eso: un mito. Muestra en seguida que *no hay tal igualdad de oportunidades*:

De acuerdo con el Proyecto de Movilidad Económica, en EE. UU. hay una liga más fuerte entre la educación parental y los resultados económicos, educativos y socio-emocionales de los menores, que en ningún otro de los países investigados (Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Canadá, Australia, Suecia, Finlandia y Dinamarca). Esta baja en la oportunidad ha ido de la mano con la creciente desigualdad. De hecho, este patrón se observa entre países: los que tienen mayor desigualdad tienen menos igualdad de oportunidades. La desigualdad persiste. Lo que es particularmente inquietante es la señal que emite sobre el futuro del país: la creciente desigualdad en los años recientes sugiere que el nivel de oportunidad en el futuro disminuirá y el nivel de desigualdad aumentará, a menos que hagamos algo. Significa que EE. UU. de 2053 será una sociedad mucho más escindida que lo que es en 2013. Con plena igualdad de oportunidades, sólo el 20 % de los hijos de aquellos en la quinta parte inferior se mantendrían ahí. Dinamarca casi lo logra: [sólo] 25 % se queda atascado ahí. El Reino Unido, famoso por sus supuestas divisiones de clase, lo hace sólo un poco más mal (30 %). En cambio, en EE. UU. esta probabilidad es marcadamente inferior: 58 % y cuando lo hacen tienden a ascender sólo un poco. Casi dos tercios de los del 20 % inferior tienen hijos que están en el 40 % inferior (pp. 22-23).

Gráfico 2
Cambio de lugar de los países al tomarse en cuenta la desigualdad en los componentes del Índice de Desarrollo Humano (IDH)



*IDHI Índice de Desarrollo Humano Igualitarios

** Rango: lugar ocupado entre los países de mejor a peor

Fuente: Elaboración propia a partir de la página web del PNUD:

Cuadro 3 de <http://hdr.undp.org/en/statistics/>

El rentismo y la construcción de una sociedad muy desigual

“La desigualdad en EE. UU. no es algo que simplemente ocurrió. Fue creada. Las fuerzas del mercado intervinieron, pero no solo ellas. Las leyes económicas son universales, pero nuestra creciente desigualdad –especialmente los montos apropiados por el 1 % más rico– es un logro distintivamente estadounidense” (Stiglitz, 2012, p. 35). Así comienza Stiglitz (JS) el capítulo 2 de su libro. Agrega que el grado de desigualdad inusual actual en EE. UU. no está predestinado, pero es muy probable que siga aumentando pues los factores que la explican se autoreforzan. Sostiene que, si bien las fuerzas del mercado ayudan a conformar el nivel de desigualdad alcanzado, “una buena parte de la desigualdad hoy existente es un resultado de la política gubernamental” (p. 35). No es sólo inusual el nivel de desigualdad alcanzado en EE.

UU. (el más alto de todos los países desarrollados) sino también el aumento de la desigualdad durante la crisis, en la que la participación de los salarios en el ingreso nacional ha seguido cayendo.

Aunque para explicar la desigualdad JS parte de la teoría económica ortodoxa, añade las razones por las que ésta falla y, sobre todo, pone el acento en las políticas públicas. Sostiene que la desigualdad resulta en similar medida de las fuerzas políticas y de las económicas, ya que en una economía moderna el gobierno establece las reglas del juego y mediante los impuestos y el gasto público modifica la distribución del ingreso resultante del mercado. También puede modificar la distribución de la riqueza mediante impuestos a las herencias y proveyendo educación

gratuita, con lo cual el “gobierno puede afectar el grado en el que la educación y la riqueza de un individuo dependen de las de sus padres”. Mientras políticas impositivas y de gasto progresivas (que cobran más impuestos a los ricos que a los pobres y proveen buenos sistemas de protección social) pueden limitar el grado de desigualdad, los programas que entregan los recursos del país a los ricos y con buenas conexiones, pueden aumentarlo. Señala con agudeza:

Nuestro sistema político ha venido operando cada vez más de maneras que aumentan la desigualdad de resultados y reducen la igualdad de oportunidades. Tenemos un sistema político que otorga un poder extraordinario a quienes están hasta arriba, y éstos han usado ese poder no sólo para limitar el grado de redistribución sino también para moldear las reglas del juego en su favor y extraer de la población lo que sólo pueden llamarse grandes ‘regalos’. A estas actividades los economistas les llaman *rentistas*: la obtención de un ingreso no como recompensa a la creación de riqueza sino al apoderamiento de riqueza (...). Los de hasta arriba han aprendido cómo succionar dinero de los demás sin que éstos se den cuenta. Ésta es su verdadera innovación (pp. 39-40).

Buena parte de la riqueza de los de hasta arriba se deriva, entonces, de transferencias de riqueza y no de su creación, concluye JS. Aunque nuestro autor es crítico de algunos aspectos del capitalismo, y sus críticas a las políticas públicas son muy agudas, su postura es bastante ortodoxa. Cree que si las fallas del mercado (sobre todo en el sector financiero) las corrige adecuadamente el gobierno para que los beneficios privados y los sociales coincidan, la economía y la gente prosperarán como ocurrió en las cuatro décadas después de la 2ª guerra. Atribuye la crisis actual a la desregulación financiera iniciada en los años ochenta lo que, a su vez, asocia al músculo político puesto en juego por el sector financiero para que sus beneficios privados fuesen mucho más altos que su contribución social. Dice que el sector financiero se ha vuelto experto en una amplia gama de formas de rentismo: aprovechándose de la asimetría de información (por ejemplo, vender valores diseñados para fallar, sin que los compradores lo sepan); adoptar riesgos excesivos a sabiendas de que el gobierno los rescatará; obtener dinero de la Reserva Federal a

muy bajas tasas de interés (ahora casi iguales a cero); y aprovecharse de los pobres y mal informados para otorgarles préstamos y tarjetas de crédito abusivas (pp. 45-46).

Según JS, en el juego complejo del capitalismo moderno “los ganadores deben tener algo más que una pequeña dosis de picardía”, pero con frecuencia “poseen características menos admirables: la capacidad de eludir la ley, o de moldearla a su favor; la voluntad de aprovecharse de los demás, incluso de los pobres; y de jugar sucio cuando sea necesario” (pp. 46-47). Además del rentismo, también el sistema impositivo regresivo, en el cual los más ricos pagan tasas más bajas que los más pobres, aumenta la desigualdad. El rentismo, dice JS, adopta muchas formas: transferencias y subsidios gubernamentales (abiertos o escondidos), leyes que hacen menos competitivo el mercado, aplicación laxa de las leyes antimonopolio, y estatutos que permiten a las corporaciones aprovecharse de otros o transferir costos al resto de la sociedad. Explica que el término renta se extendió a las sobreganancias de los monopolios y a otros ingresos derivados de la propiedad, por ejemplo, de recursos naturales. En países ricos en recursos naturales la conducta rentista se vuelve endémica, como se ha vuelto ahora también en EE. UU., señala. Otra fuente de ingresos rentistas es la obtención de monopolios como los que otorgan las patentes. A pesar de las leyes antimonopolio en EE. UU. son muchos los sectores dominados por unas pocas empresas. Esto lo explica JS por: a) Un debilitamiento ideológico en el papel que el gobierno debiera tener en la lucha antimonopolio que se derivó de la fuerza de las ideas de la Escuela de Chicago que sostiene que todos los mercados son competitivos, incluso los monopólicos. b) En los nuevos sectores se presentan externalidades de redes (networks), en los cuales el usuario prefiere usar el mismo sistema operativo para poderse conectar con los demás. Enumera otras formas en las que el gobierno puede otorgar rentas al sector privado. La más importante de ellas es otorgándole el derecho a extraer recursos naturales con un pago más bajo que el debido, como ocurre en la explotación privada del petróleo.

***El capital en el siglo XXI*, de Thomas Piketty, derrumba mitos**

Piketty es un joven profesor de economía en París que se hizo famoso mundialmente cuando la traducción al inglés de su libro (2014) se volvió un *best seller*. Atacado en las páginas del *Financial Times*, respondió en el mismo diario con un texto titulado “Salvar de los capitalistas el capitalismo, gravando la riqueza”. Los extractos que siguen muestran el ataque de Piketty a la supuesta meritocracia reinante, así como su propuesta contra la desigualdad:

La gente suele sobrevalorar las virtudes de sus meritocracias nacionales; sin embargo, tal retórica rara vez se ajusta a los hechos. A menudo el propósito es justificar las desigualdades existentes. La educación masiva es importante, pero no garantiza una distribución justa de los ingresos y la riqueza (...). La desigualdad de ingresos en EE. UU. se ha agudizado desde la década de 1980, en gran medida como reflejo de los inmensos ingresos de la gente en la cima (...) la evidencia apoya la hipótesis de que los altos directivos tienen el poder de fijar sus propias remuneraciones. Incluso si la desigualdad salarial pudiera ser controlada, otra fuerza maligna tiende a amplificar las modestas desigualdades de la riqueza hasta llegar a niveles extremos. Esto tiende a ocurrir *cuando los rendimientos que reciben los dueños del capital crecen más rápido que la economía*, poniendo en manos de los capitalistas una parte cada vez mayor del botín, a expensas de las clases media y baja. La desigualdad se agravó en el siglo XIX porque la tasa de rendimiento del capital excedió el crecimiento económico, y es probable que estas condiciones se repitan en el siglo XXI (...). La solución ideal sería un impuesto global progresivo al patrimonio individual neto. Los que apenas empiezan pagarían poco, mientras que los que tienen miles de millones pagarían muchísimo. Esto mantendría la desigualdad bajo control y facilitaría el ascenso en la escala social (...). Un impuesto global a la riqueza requeriría cooperación internacional. Esto es difícil pero factible (...). A falta de esto, muchos pueden volverse contra la globalización y si algún día hallaran una voz común, ésta emitiría los olvidados mantras del nacionalismo y el aislamiento económico.

Krugman (2014; traducción corregida) va en el mismo sentido: antes de la revolución en “nuestra comprensión de las tendencias de largo plazo de la desigualdad”, la mayor parte de las discusiones ignoraban a los verdaderamente ricos. Por ello, añade:

(...) vino como una revelación cuando Piketty y sus colegas mostraron que los ingresos del ahora famoso 1 %, e incluso de grupos más reducidos, era la gran historia en la desigualdad creciente (...). Antes de la 1ª Guerra Mundial el 1 % percibió alrededor de una quinta parte del ingreso total tanto en Gran Bretaña como en EE. UU. (...). Para 1950 tal participación había sido reducida a menos de la mitad, pero desde 1980 la participación en el ingreso del 1 % se ha estado recuperando y en EE. UU. volvió a su nivel de hace un siglo. [Gráfica 3] Aún así, la élite económica de hoy es muy diferente de la del siglo XIX, ¿no es así? En aquel entonces la gran riqueza solía ser heredada y ¿no son los miembros de la élite económica actual, personas que se han ganado su posición? Pues bien, Piketty nos informa que esto no es tan cierto como usted piensa (...). La gran idea de *El capital en el siglo XXI* es que no solo hemos vuelto a los niveles de desigualdad del ingreso del siglo XIX, sino que también estamos en la ruta hacia el ‘capitalismo patrimonial’ en el cual los comandos superiores de la economía están controlados no por individuos talentosos sino por dinastías familiares.

Krugman añade:

La presunción de la mayoría de los investigadores sobre la desigualdad ha sido que el ingreso ganado, usualmente sueldos y salarios, es en donde está la acción y que el ingreso del capital no es ni importante ni interesante. Piketty muestra, sin embargo, que, incluso hoy, el ingreso del capital, no las percepciones por trabajo, es el que predomina en la parte más alta de la distribución del ingreso. También muestra que en el pasado la propiedad desigual de activos, no el pago desigual de sueldos y salarios, fue el principal impulsor de las disparidades en el ingreso. Y argumenta que estamos de regreso a ese tipo de sociedad.

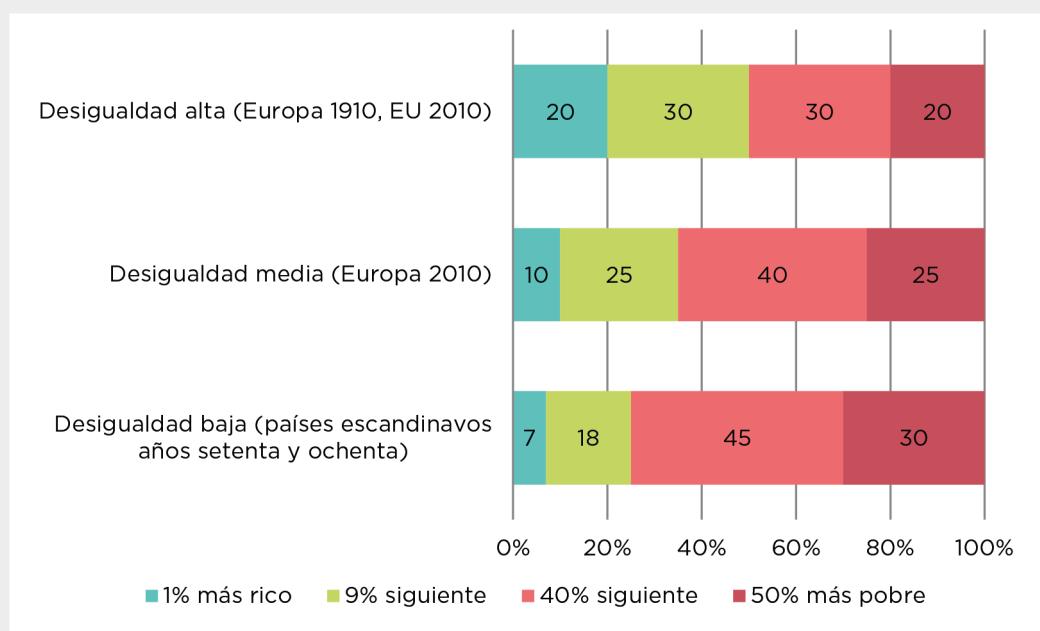
Los hallazgos de Piketty restan valor a las teorías de la justicia (John Rawls, seguidores y críticos) que comparten dicha presunción y, por tanto, no toman en cuenta las herencias. Solow (2014) señala que, además de la dinámica del proceso que él llama “los ricos se vuelven más ricos”, hay otra, también oscura implicación en los hallazgos de Piketty:

Si las aglomeraciones de riqueza ya existentes tienden a crecer más rápido que los ingresos del trabajo, es probable

que el papel social de la riqueza heredada aumente en relación con la de las fortunas recientemente ganadas y, por tanto, más basadas en méritos (...). La aritmética sugiere

que la concentración de la riqueza y su habilidad para crecer favorecerán un peso creciente de la riqueza obtenida por herencia en comparación con la derivada del talento.

Gráfico 3
Participación (%) en el ingreso nacional de 4 estratos en condiciones diferenciales de desigualdad. 1910-2010



Fuente: Elaboración propia con base en Cuadro 1 de Krugman (2014).

Relatos fascinantes de Piketty sobre ideas de Malthus, Ricardo, Marx y Kuznets

Es necesario leer directamente, y con cuidado, el exitoso libro de Piketty (TP). Mi lectura la baso, sobre todo, en la traducción al inglés. La Introducción es muy interesante aunque tiene algunos problemas. Empieza diciendo que la distribución de la riqueza es una de las cuestiones más controversiales hoy día, poniendo en claro que su visión del capital en el siglo actual está centrada en la desigualdad no sólo del ingreso sino también de la riqueza. Dice que su libro intenta contestar preguntas centrales

como “¿qué sabemos en realidad de la evolución de la distribución del ingreso y el patrimonio desde el siglo XVIII y qué lecciones podemos derivar para el siglo XXI?”. Desde la primera página, TP deja claro que su visión es que, cuando los rendimientos del capital (concepto cercano al de tasa de ganancia) son más altos que la tasa de crecimiento de la economía, *el capitalismo genera desigualdades insostenibles que menoscaban radicalmente los valores “meritocráticos en los que se basan las sociedades*

democráticas".¹ En efecto, las desigualdades fundadas en méritos son más fáciles de defender que las basadas en la riqueza heredada. Piketty piensa que el capitalismo puede hacerse menos injusto con medidas de política (fiscales, sobre todo) que aminoren la desigualdad y eviten la catástrofe.

La introducción incluye cuatro fascinantes narraciones. La primera es sobre el pensamiento económico en torno a la desigualdad de la riqueza y el ingreso. Empieza con Malthus, Ricardo y Marx, sigue con Kuznets y termina con su propia obra. A los tres primeros los califica de apocalípticos, a Kuznets de formular un cuento de hadas, y su propio trabajo de científico: reúne datos, observa tendencias a una creciente concentración, pero sabe cómo evitar el apocalipsis. Malthus, que escribió en 1792, recomendaba controlar la reproducción biológica de los pobres para evitar levantamientos similares a la Revolución Francesa en Gran Bretaña. Ricardo, explica TP, estaba interesado, sobre todo, en la siguiente paradoja lógica: al crecer la producción y la población, la tierra (que no es producida por el ser humano) se volvería cada vez más escasa en términos relativos y, por tanto, subirían su renta y su precio, llevando a que los terratenientes se apropiaran de una porción creciente del ingreso nacional. La salida que propuso Ricardo fue, por tanto, impuestos a la tierra. Para TP, Malthus y Ricardo se equivocaron al pensar que la humanidad nunca estaría liberada del imperativo alimentario, pero la crisis alimentaria reciente parece desmentirlo.

Sus opiniones sobre Marx parecen basarse en un conocimiento insuficiente de su compleja obra. La discusión de lo que TP dice de Marx requeriría una sección completa. Sólo digamos que 'sintetiza' el pensamiento de Marx en lo que llama el "principio de acumulación infinita", que explica como la tendencia de acumulación y concentración del capital en pocas manos, lo cual llevaría al apocalipsis, pues o bien la tasa de rendimiento del capital disminuiría constantemente (destruyendo la máquina de

acumulación y llevando a conflictos violentos entre los capitalistas) o la participación del capital en el ingreso nacional aumentaría indefinidamente, lo que tarde o temprano llevaría a los trabajadores a la revuelta. TP sostiene que las profecías de Marx no se cumplieron, lo cual en medio de la crisis sin fin actual y el desempleo masivo y la desigualdad creciente que el propio Piketty documenta como nadie, no parece muy consistente.

Kuznets fue el primero que construyó una serie larga (1913-1948) para EE. UU. de participación de los más ricos en el ingreso nacional, basándose en las declaraciones de impuestos al ingreso personal y sus propias estimaciones del ingreso nacional, lo cual despierta la admiración de TP por introducir datos empíricos en la discusión sobre distribución del ingreso. Véase la Gráfica 4, elaborada con la base de datos de Piketty. Aunque Kuznets estaba consciente que en su serie los llamados shocks externos (dos guerras mundiales y la Gran Depresión) son importantes en la baja observada en la participación en el ingreso de los más ricos, sugirió en su artículo de 1955 ("inocentemente y casi de pasada", dice Piketty) que la lógica interna del desarrollo económico llevaría al mismo resultado, sin *shocks* externos ni medidas de política económica. Como dice Piketty, los datos se convirtieron en un arma política poderosa. La llamada curva de Kuznets en forma de U invertida *se convirtió en una teoría general de la distribución del ingreso en el capitalismo* que sostiene que la concentración aumenta en las fases iniciales de la industrialización y disminuye después a medida que más personas están en condición de disfrutar de los frutos del crecimiento. TP hace notar que la interpretación de dicha curva fue un producto de la Guerra Fría (y habría que añadir, del macartismo) y remata citando una frase cínica referida a Kuznets: "Para asegurarse de que todos entendieran lo que estaba en juego, él tuvo el cuidado de recordar a su audiencia que la intención de sus predicciones optimistas era mantener al mundo subdesarrollado dentro de la órbita del mundo libre". En la Gráfica 4 se aprecia que la U

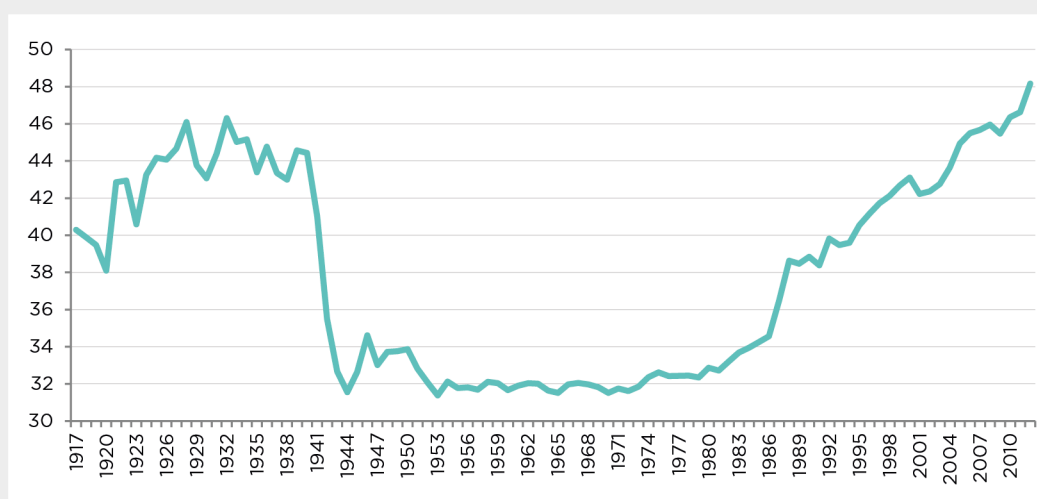
1 Desde la primera página (sencilla y sin términos técnicos) vemos cómo las traducciones, tanto al inglés como al español, traicionan lo que el autor dice. La del inglés omite las tres palabras que he marcado con cursivas en la última frase. Ambas traducen patrimonio, que hace referencia a las riquezas familiares, como riquezas en general. Hay otros errores peores (en todo el texto en español) que omito mencionar por razones de espacio.

invertida cubre sólo el periodo 1917-1944, mientras que a partir de 1970 la concentración empieza a crecer de nuevo. Dice TP:

La teoría de la curva mágica de Kuznets fue formulada en buena medida por razones equivocadas y su sustento

empírico era muy frágil. La fuerte reducción que se observa en la desigualdad del ingreso en casi todos los países ricos entre 1914 y 1945 se explica sobre todo por las guerras mundiales y los shocks económicos y políticos que conllevaron, especialmente para los muy ricos. Tuvo poco que ver con el tranquilo proceso de movilidad intersectorial descrito por Kuznets.

Gráfico 4
Participación del 10% más rico en el ingreso nacional en EU (%), 1917-2012



Fuente: Elaboración propia a partir de <http://topincomes.parisschoolofeconomics.eu/#Database>

Piketty, la corriente dominante de la economía, y la economía *post-autista*

En la introducción de su libro, TP relata su postura sobre el capitalismo y sobre la corriente dominante de la economía. Pertenece a la generación que cumplió 18 años en 1989, cuando cayó el Muro de Berlín. Nunca, explica, sentí el más mínimo afecto o nostalgia por las dictaduras comunistas. A los 22 años, después de terminar su doctorado, fue contratado por una universidad de EE. UU. Dice que el reconocimiento precoz de su trabajo lo hizo sentir bien, pero supo, casi de inmediato, que regresaría a Francia muy pronto. Una razón de ello es

(...) que yo no me sentía muy convencido por los economistas norteamericanos. Todos ellos eran muy inteligentes (...) pero había algo extraño. Yo estaba consciente del hecho de que *yo no sabía nada de nada de los problemas económicos del mundo*. Mi tesis consistió en algunos teoremas matemáticos relativamente abstractos y, sin embargo, a la profesión le gustó. Me percaté muy pronto de que no había habido ningún esfuerzo significativo para recolectar datos históricos sobre la dinámica de la desigualdad desde Kuznets. Sin embargo, *la profesión continuaba produciendo resultados puramente teóricos sin siquiera saber qué hechos necesitaban ser explicados*. Y esperaba que yo hiciera lo mismo. Al regresar a Francia me puse a recolectar los datos faltantes (pp. 31-32).

Dicho esto, Piketty añade unas frases que son ya famosas:

Para decirlo sin rodeos, *la disciplina económica no ha superado su pasión infantil por las matemáticas* y por una especulación puramente teórica y, con frecuencia, ideológica, a expensas de la investigación histórica y la colaboración con otras ciencias sociales. Los economistas están con frecuencia preocupados por problemas matemáticos menores que sólo a ellos interesan. *Esta obsesión con las matemáticas es una manera fácil de adquirir la apariencia de cientificidad sin tener que dar respuesta a las más complejas preguntas que plantea el mundo en que vivimos* (p. 32).

Se lamenta de que las ciencias sociales hayan perdido en gran medida su interés en la distribución de la riqueza y en las clases sociales desde los años setenta, y añade:

La verdad es que la economía nunca debió buscar divorciarse de las otras ciencias sociales y que sólo puede avanzar en conjunción con ellas. Las ciencias sociales en conjunto saben muy poco para estar perdiendo el tiempo en tontas disputas disciplinarias. Si hemos de progresar en nuestro entendimiento de la dinámica histórica de la distribución de la riqueza y la estructura de las clases sociales, debemos obviamente adoptar un enfoque pragmático y valernos de los métodos de los historiadores, sociólogos y politólogos, además de los economistas. En mi opinión, este libro es tanto una obra de historia como de economía (pp. 32-33).

Es muy importante que sea Piketty, el economista de mayor éxito en muchos decenios, el que formule estas críticas a lo que Marx llamó la economía vulgar y que hoy se le conoce como la economía de la corriente principal. A pesar de la crisis más severa del capitalismo desde la Gran Depresión, los economistas parecen no haberse percatado de que su disciplina está en una severa crisis. Si de alguien se espera que explique las causas de esta gran crisis y recomiende con fuerza las medidas necesarias para superarla, es de los economistas. Sin embargo, como lo ha expresado Krugman, premio Nobel de Economía, *su disciplina no tiene la respuesta*. Obviamente no puede tenerla si su cuerpo teórico no tiene relación con el mundo real. Si, como dice Piketty, su especulación es puramente teórica y cargada ideológicamente; si desprecian la realidad a tal grado que es famosa la expresión de un destacado miembro de la profesión,

quien confrontado con la crítica de que los supuestos de la disciplina no se daban en el mundo real, contestó “peor para el mundo real”.

Una crítica similar a la de TP, pero más radical, surgió en el año 2000, en Francia: el “movimiento por una economía post-autista”, que inició con los estudiantes de economía y se amplió muy rápido al profesorado y desbordó las fronteras y hoy está presente en muchos países. Sigo la narración que hace Edward Fullbrook (2002): El manifiesto inicial de los estudiantes franceses, publicado en la web, protestaba contra: a) la falta de realismo en la enseñanza de la economía; b) el uso incontrolado de las matemáticas y su uso como un fin en sí mismo, de lo cual ha resultado una ‘ciencia autista’, perdida en mundos imaginarios; c) la dominación represiva de la teoría neoclásica y sus derivados en los programas de enseñanza de la economía; y d) el estilo dogmático de enseñanza en economía, que no deja espacio para el pensamiento crítico y reflexivo. Los estudiantes plantearon un ‘pliego petitorio’ que argumentaba a favor de: 1) involucrarse con realidades económicas empíricas concretas; 2) priorizar la ciencia por encima del cientificismo; 3) un pluralismo de enfoques adaptados a la complejidad de los objetos económicos y a la incertidumbre que caracteriza las cuestiones económicas más importantes; 4) que sus profesores iniciaran reformas para rescatar la economía de su estado autista e irresponsable. El movimiento ha crecido y, en cierto sentido se ha institucionalizado. Tiene su propia revista académica: *Real-World Economics*. En la página web del movimiento (www.paecon.net) se narra otro hecho:

De 1960 a la fecha los economistas neoclásicos han bloqueado progresivamente la contratación de economistas de otras corrientes en los departamentos universitarios de economía y les han negado la oportunidad de publicar en revistas académicas. También han reducido los cursos de economía que se ofrecen a los estudiantes. Han formalizado cada vez más su teoría haciéndola progresivamente irrelevante para entender la realidad económica. Y ahora incluso están eliminando la historia económica y la historia del pensamiento económico de los programas de enseñanza, materias donde los estudiantes quedarían expuestos a ideas no neoclásicas.

Ciencia social emancipatoria e incompatibilidad democracia-capitalismo

Stiglitz (2012) dice:

Estadounidenses, europeos y gente de otras democracias se sienten muy orgullosos de sus instituciones democráticas. Pero los que protestaron han puesto en duda si hay una verdadera democracia que es más que el derecho de votar una vez cada dos o cuatro años. Las opciones deben ser significativas. Los políticos deben escuchar las voces de los ciudadanos. Pero cada vez más, especialmente en EE. UU., da la impresión de que el sistema político es más parecido a “un dólar un voto” que a “una persona un voto”.

Una de las tendencias observables que anuncia el fin del capitalismo es la tendencia *al fin de la ilusión de la compatibilidad entre democracia y capitalismo*, que ahora examino siguiendo a E.O. Wright (2010, pp. 10 y ss.) (EOW), quien sostiene que visualizar utopías reales es un componente de una tarea más amplia: desarrollar una *ciencia social emancipatoria* (CSE). La idea de la CSE busca generar conocimiento científico pertinente para el proyecto colectivo de desafiar varias formas de opresión humana, para lo cual ha de llevar a cabo tres tareas básicas: elaborar un diagnóstico sistemático y criticar el mundo realmente existente; visualizar alternativas viables; y entender los obstáculos, posibilidades y dilemas de transformación (p. 10). El punto de partida es identificar las maneras en las que instituciones y estructuras sociales imponen daños a las personas. Es necesario mostrar que el sufrimiento humano y las enormes desigualdades en el grado en el cual la gente puede vivir vidas florecientes se explican por rasgos específicos de instituciones y estructuras sociales. La primera tarea de la CSE es, por tanto, el diagnóstico y crítica de los procesos causales que generan estos daños, tareas conectadas con la justicia social y la teoría normativa. Describir una organización social como generadora de daños es infundir el análisis con un juicio moral. Detrás de cada teoría emancipatoria hay una teoría implícita de la justicia, una concepción de qué condiciones tendrían que cumplirse antes de que las instituciones de una sociedad pudieran considerarse justas. (pp. 11-12). Dice EOW que

subyace a este análisis un *entendimiento radical-democrático-igualitarista de la justicia* que se apoya en:

El principio de justicia social: En una sociedad socialmente justa, todas las personas tendrían igual acceso a los medios materiales y sociales para vivir vidas florecientes.

El principio de justicia política: en una sociedad políticamente justa, todas las personas tendrían igual acceso a los medios necesarios para *participar significativamente en decisiones sobre cuestiones que afectan sus vidas*. Esto incluye tanto la libertad del individuo para tomar decisiones sobre cosas que afectan su propia vida como persona separada, y su capacidad para participar en decisiones colectivas que afectan su vida como miembro de una comunidad (p. 12).

Me centro en el 2º principio que involucra *libertad individual y democracia*, ambas referidas al poder de las personas para tomar decisiones sobre cuestiones que afectan sus vidas. La idea central que está detrás es que *las personas deben tener tanto control como sea posible sobre aquellas decisiones que afectan sus vidas*. “Libertad” es el poder de tomar decisiones acerca de la propia vida; “democracia” es el poder de participar en elecciones colectivas que lo afectan a uno como miembro de la sociedad más amplia. El principio democrático igualitario de justicia política es que todas las personas deben tener igual acceso a los poderes necesarios para tomar decisiones sobre sus propias vidas y participar en las decisiones colectivas que les afectan (p. 18). Desde esta visión de la democracia debe valorarse su compatibilidad con el capitalismo.

Este entendimiento igualitario de la libertad reconoce los ideales liberales centrales de los derechos y la autonomía individual, que buscan minimizar el grado en que individuos están sujetos a coerción externa. Difiere de las formulaciones liberales al enfatizar también el principio igualitario de que todas las personas deben tener *igual acceso a los poderes requeridos para tomar decisiones* sobre sus propias vidas y no sólo estar igualmente protegido de la coerción

externa. Corresponde con lo que Van Parijs ha llamado “libertad real para todos”, que implica que las personas tienen las capacidades efectivas para tomar decisiones importantes, y que esto requiere que tengan acceso a los recursos básicos necesarios para actuar en sus planes de vida. Las distribuciones igualitarias de recursos materiales tienen entonces una doble justificación: la *justicia social* requiere igual acceso a los medios materiales necesarios para vivir una vida floreciente; la *justicia política* requiere igual acceso a los medios materiales para la *libertad real* (pp. 18-19). Aquí podemos añadir que *libertad* es un concepto opuesto no sólo a sometimiento u opresión, sino también a necesidad o carencia. Una persona hambrienta no es libre, aunque no esté oprimida. EOW continúa:

Más allá de la igualdad política formal, *la democracia necesita estar empoderada* de maneras que habiliten a las personas a *controlar colectivamente su destino común*. Muchas decisiones económicas que tienen efectos masivos en nuestro destino colectivo suelen ser consideradas materia privada y son tomadas por los altos mandos de las corporaciones. La demarcación entre lo ‘público’ y lo ‘privado’ está anclada en una concepción fuerte de la propiedad privada que aísla de la intervención pública un amplio rango de decisiones sobre recursos y actividades. Pero incluso para asuntos vistos como objetos legítimos del control público, *el empoderamiento democrático popular es muy limitado*. La política electoral está fuertemente dominada por las elites, violando los principios democráticos de igualdad política (p.19).

La *democracia radical*, en cambio, es una concepción amplia de la democracia en la cual el ideal de la igualdad política de todos *requiere fuertes mecanismos institucionales para impedir que el poder económico privado se traduzca en poder político*. En ella, el ámbito de la toma de decisiones democráticas se extiende a todos los dominios con consecuencias públicas importantes. Y las arenas para la participación ciudadana se extienden más allá de emitir votos (p. 19). Concluye EOW:

La democracia radical es tanto un ideal en sí mismo –las personas deberían tener el derecho de participar significativamente en decisiones que afectan sus vidas– como un valor instrumental, pues las instituciones de poder político democrático-radicales facilitarían la realización del principio igualitario de justicia social en términos de florecimiento humano. El *igualitarismo democrático* es la combinación de los puntos de *vista radical igualitario de justicia social y radical democrático de justicia política* (pp. 19-20).

De las siete tendencias (cambio climático, fin de la sociedad centrada en el trabajo pagado, creciente desigualdad, estancamiento económico crónico, crisis alimentaria mundial, fin de la ilusión de que la democracia es compatible con el capitalismo, y disminución creciente del poder de los medios de comunicación masiva) que anuncian el fin del capitalismo enunciadas en Boltvinik (2015, pp. 12-13) me parece que la *creciente desigualdad y pobreza* es la que más se interrelaciona con las demás. Vía la *trampa de la desigualdad*, actúa como condicionante del fin de la ilusión de la compatibilidad entre democracia y capitalismo. En México, la trampa de la desigualdad la ha explicado el manifiesto “Reconstruyamos Nuestra Nación” del Consejo Nacional de Universitarios (CNU): “La existencia de un sistema incapaz de reducir la pobreza y la desigualdad se perpetúa por la desigualdad de representación política que conduce al establecimiento de instituciones que favorecen sistemáticamente a quienes más tienen”. Stiglitz (2012) ha dicho algo similar, como vimos (véase Gráfica 5).

Más allá de ciertos niveles de desigualdad, la democracia, incluso en el limitado sentido de democracia representativa, no es posible porque los muy ricos capturan (como ocurre en EE. UU. y en muchos otros países, ricos y no ricos) las instituciones de los tres poderes políticos y las ponen a su servicio. Más que la regla “una persona un voto”, el sistema opera con la de “un dólar un voto”. El entendimiento *radical-democrático-igualitarista* de Wright y sus principios de justicia social y justicia política, son imposibles ante la trampa de la desigualdad.

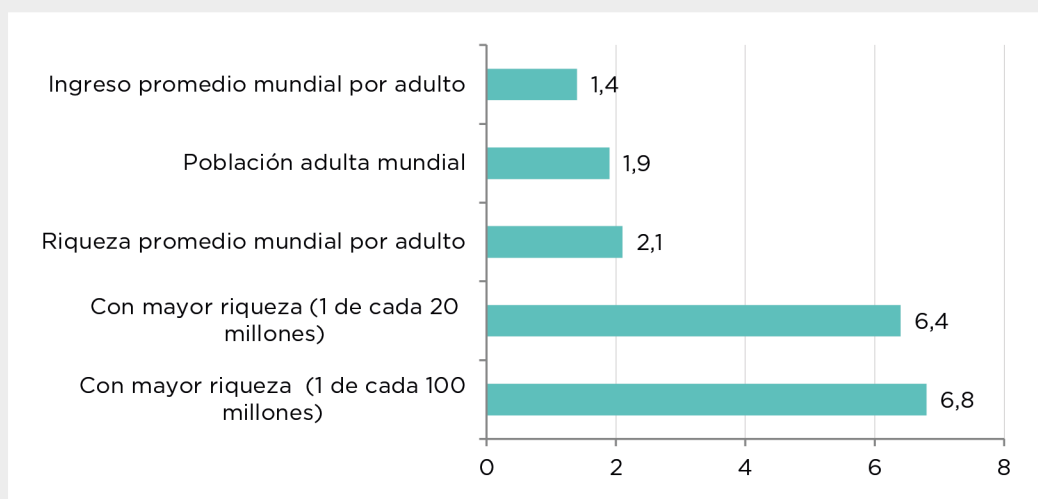
Al margen de las tendencias crecientes de la desigualdad, el capitalismo como tal impone severas restricciones al desarrollo de la democracia. Aunque la democracia moderna se asocia históricamente con el desarrollo del capitalismo, si se toma en serio la concepción de la democracia como “gobierno del pueblo”, dice Wright (2010, pp. 82-85), hay tres maneras en que el capitalismo limita la democracia:

Primero, por definición, la propiedad “privada” de los medios de producción significa que campos importantes que tienen amplios efectos colectivos son simplemente eliminados de la decisión colectiva, reduciendo así la democracia. *Segundo*, la falta de habilidad de los cuerpos demo-

cráticos para controlar los flujos de capital, socava su capacidad para fijar prioridades incluso sobre aquellas actividades que no están bajo el control de empresas capitalistas. La comunidad democrática tiene muy poco poder para preguntar: *¿cómo debemos asignar el excedente social a diferentes prioridades: crecimiento económico, consumo individual, instalaciones públicas, las artes, etc.?* El problema no es sólo que muchas de las decisiones queden fuera de la deliberación democrática, sino que puesto que las inversiones son hechas privadamente, *la amenaza de desinversión restringe* severamente todas las demás decisiones de asignación en los cuerpos democráticos. *Tercero*, la alta concentración de la riqueza y del poder económico generada por la dinámica capitalista subvierte los principios de la igualdad política democrática. La igualdad democrática

significa que no hay atributos moralmente irrelevantes – como raza, género, afiliación religiosa, riqueza, ingreso, etc.– que generen desigualdades en la oportunidad de la gente para participar efectivamente en la política democrática e influir en las decisiones políticas. *El capitalismo viola esta condición de igualdad*. Los ricos y los que ocupan posiciones poderosas en la economía invariablemente tienen una influencia desproporcionada en los resultados políticos en todas las sociedades capitalistas. Hay muchos mecanismos en juego al respecto. Si bien la regla de una-persona-un-voto en las contiendas electorales es una forma clave de igualdad política, su eficacia está severamente socavada por las profundas interconexiones entre poder político y poder económico en el capitalismo.

Gráfico 5
Tasas anuales de crecimiento (%) de las mayores fortunas mundiales. 1987-2013



Fuente: Elaboración propia con base en Piketty (2014, p. 478).

La democracia podría disminuir la desigualdad, como apunta Stiglitz (2015, p. 125) contradiciendo, en parte, la restricción de la amenaza de desinversión que sostiene EOW:

Entonces, el pronóstico de Piketty de que aún mayores niveles de desigualdad no reflejan las inexorables leyes de la teoría económica. Cambios simples, incluyendo impuestos más altos a las ganancias de capital y a las herencias, mayor gasto para ampliar el acceso a la educación, aplicación ri-

gurosa de las leyes anti-trust, reformas a las reglas de las corporaciones para circunscribir el pago de los ejecutivos, y regulación financiera para frenar la capacidad de la banca para explotar al resto de la sociedad, reducirían la desigualdad y aumentarían la igualdad de oportunidades notablemente (...). *La pregunta fundamental que nos confronta hoy día no es realmente sobre el capitalismo en el siglo XXI, sino sobre la democracia en dicho siglo.*

El capitalismo, como todas las sociedades de clase, es intrínsecamente desigual. El neoliberalismo agudiza

esa característica. Las medidas que enuncia Stiglitz son contrarias al espíritu neoliberal y su adopción supondría un cambio en la orientación hacia un estado mucho más intervencionista. Suponen un rompimiento con el capitalismo desregulado. Igual que con la inacción en relación al cambio climático, podemos generalizar el argumento de Naomi Klein a la lucha contra la desigualdad y parafrasearla diciendo: “No

se han hecho las cosas necesarias para disminuir la desigualdad porque entran en conflicto fundamental con el capitalismo desregulado, la ideología reinante. Estamos atascados porque las acciones requeridas son muy amenazantes para la élite minoritaria que tiene un dominio completo sobre la economía, el proceso político y los medios de comunicación”.

Conclusiones

No sólo cuenta el tamaño del pastel sino también cómo se distribuye. Pobreza y desigualdad están ligadas y deben estudiarse conjuntamente. La crisis global iniciada en 2008 catapultó la conciencia social sobre la creciente desigualdad, lo que generó una enorme cantidad de publicaciones al respecto. La revisión aquí realizada de los libros citados de Piketty y Stiglitz pone de manifiesto la agudización de la desigualdad del ingreso y la riqueza a partir de 1980; la negación del mito del carácter meritocrático de dicha riqueza que ahora es crecientemente rentista; que un pastel decreciente o estancado y cada vez peor repartido, ha llevado no sólo al incumplimiento del Principio de la Diferencia de Rawls (la desigualdad no mejora las condiciones de vida de los peor situados), por lo cual el capitalismo habría dejado de ser justo; que crisis y desigualdad dejaron gran cantidad de personas “a la deriva entre los restos del naufragio de una forma de capitalismo crecientemente disfuncional” (Stiglitz); que en la ‘tierra de la igualdad de oportunidades (EE. UU.) hay menos movilidad social positiva intergeneracional que en otros países ricos. Rebasando lo económico aprendimos que muchas personas se han quedado *sin brújula moral* y que la degradación de valores ha llegado al punto en el que *todo es aceptable y nadie es responsable*.

Vimos cómo para Stiglitz la creciente desigualdad – especialmente lo apropiado por el 1 % más rico – es un ‘logro’ único de EE. UU., y en una buena parte un ‘logro’ de la política gubernamental. Mientras políticas impositivas y de gasto progresivas (más

impuestos a los ricos y provisión de buenos sistemas de protección social) pueden limitar el grado de desigualdad, la entrega de recursos del país a los ricos y con buenas conexiones en EE. UU., han aumentado dicho grado al otorgar un poder extraordinario a quienes están hasta arriba, quienes han usado ese poder para limitar el grado de redistribución, moldear las reglas del juego en su favor y extraer de la población rentas gigantescas. Las rentas son *ingresos que no recompensan la creación de riqueza sino el apoderamiento de riqueza*. He criticado la ingenuidad de las soluciones propuestas por Stiglitz y, aunque no lo dije en el texto, añadido que su ceguera de economista ortodoxo le impide ver que el capitalismo se encuentra en una crisis terminal.

Piketty es también muy agudo en sus críticas y ha derribado al menos tres mitos sobre el capitalismo: 1) el mito de que la desigualdad del ingreso está en el ingreso ganado (sueldos y salarios), al mostrar que es en el ingreso del capital donde están las grandes fortunas y que *si los rendimientos del capital crecen más rápido que el conjunto de la economía, como ocurre ahora, la desigualdad aumentará*; 2) el mito del carácter meritocrático de la gran riqueza; ha demostrado que es básicamente riqueza heredada, rentista; 3) el mito de la curva de Kuznets: que las grandes desigualdades del capitalismo se dan en su desarrollo inicial pero que al madurar la desigualdad tiende a disminuir; con sus análisis de largo plazo de la desigualdad, Piketty mostró que dicha curva fue una anomalía resultado de las dos guerras mundiales y la

Gran Depresión, pero que las tendencias a largo plazo son hacia la creciente concentración.

La crítica de Piketty a los economistas por practicar una ‘ciencia’ sin evidencia empírica, el movimiento de la economía posautista (que califica la teoría económica actual como ciencia autista perdida en mundos imaginarios) y la postura de Erik Olin Wright sobre el papel de las ciencias sociales en la transformación poscapitalista del mundo, condujeron la narrativa del artículo hacia la necesidad de la *ciencia social emancipatoria* y a la incompatibilidad entre democracia y capitalismo. El sistema político en EE. UU. es más parecido a “un dólar un voto” que “a una persona un voto”, dice Stiglitz y Wright señala que *la eficacia de la regla de una-persona-un voto está severamente socavada por las profundas interconexiones entre poder político y poder económico en el capitalismo*. Una de las tendencias observables que anuncian el fin del capitalismo es la del *fin de la ilusión de la compatibilidad entre capitalismo y democracia*. He seguido a Wright en su idea de la necesidad de una Ciencia Social Emancipatoria (CSE) que genera conocimiento científico para desafiar las formas de opresión humana. Su punto de partida es identificar las maneras en las que las instituciones y las estructuras sociales imponen daños a las personas y generan una enorme desigualdad en el grado en el cual las personas pueden vivir vidas florecientes. En agudo contraste con la teoría *liberal* de la justicia de Rawls, Wright parte de un *entendimiento radical-democrático-igualitarista de la justicia* que se apoya en dos principios: el de justicia social (acceso universal a los medios para vivir vidas florecientes) y el de justicia política (participación universal significativa en decisiones colectivas que afectan la vida del individuo como miembro de una comunidad). Este autor define democracia como el poder de participar en elecciones colectivas que le afectan a uno como miembro

de la sociedad. Desde esta visión de la democracia es que debe valorarse su compatibilidad con el capitalismo. Corresponde con lo que Van Parijs ha llamado “libertad real para todos” que implica que las personas tienen las capacidades efectivas para tomar decisiones importantes, lo que requiere que tengan acceso a los recursos necesarios para actuar en sus planes de vida. La democracia radical persigue el ideal de igualdad política y requiere fuertes mecanismos institucionales para impedir que el poder económico privado se traduzca en poder político.

La incompatibilidad entre capitalismo y democracia se explica por la “trampa de la desigualdad”: la incapacidad de reducir la pobreza y la desigualdad se perpetúa por la desigualdad de la representación política. Las instituciones son capturadas por los muy ricos. Esta trampa hace imposible los planteamientos de Wright en el capitalismo. Más allá de la creciente desigualdad, el capitalismo limita la democracia porque: 1) la propiedad privada de los medios de producción excluye de la decisión colectiva campos importantes; 2) la incapacidad de los cuerpos democráticos para controlar los flujos de capital limita su incapacidad para fijar prioridades y asignar el excedente social; y 3) el capitalismo subvierte los principios de igualdad política democrática. El capitalismo es intrínsecamente desigual. El neoliberalismo agudiza esta característica. Las medidas que propone Stiglitz para disminuir la desigualdad son contrarias al espíritu neoliberal y su adopción supondría un cambio en la orientación hacia un estado mucho más intervencionista, en conflicto fundamental con el capitalismo desregulado. Estamos atascados porque las acciones requeridas son muy amenazantes para la élite minoritaria que tiene un dominio completo sobre la economía, el proceso político y los medios de comunicación.

Referencias

- Atkinson, A.B. (2015). *Inequality. What can be Done?* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Boltvinik, J. (2015). “Límites objetivos del capitalismo, múltiples tendencias que anuncian el fin del capitalismo y paradoja de Lauderdale”. *Revista del CIECAS-IPN*, N° 37, vol. XI, pp. 11-26.
- Fullbrook, E. (2002). “The Post Autistic Economics Movement A Brief History”. *Journal of Australian Political Economy*, Issue 50, p. 14-23.
- La Gaceta (2014). “J’acuse...! De cómo Piketty revivió los debates sobre la desigualdad”. *Fondo de Cultura Económica (FCE)*, No. 523. Disponible en: www.fondodeculturaeconomica.com/subdirectorios_site/libros_electronicos/Gacetas/jul_2014/index.html
- Krugman, P. (2014). “¿Por qué estamos en una nueva edad dorada?”. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, No. 523, pp. 11-12.
- Milanovic, B. (2011). *The Haves and the Have-Nots*, Nueva York: Basic Books.
- Milanovic, B. (2016). *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalization*, Cambridge, Massachusetts: Belknap Press.
- Piketty, T. (2013). *Le capital au XXI siècle*. Éditions du Seuil.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the twenty-first century*. Harvard University Press.
- Pogge, T. W. (2007). *John Rawls. His Life and Theory of Justice*. Gran Bretaña: Oxford University Press.
- Stiglitz, J. E. (2012). *The Price of Inequality. How today’s divided society endangers our future*. Nueva York: W.W. Norton.
- Stiglitz, J. E. (2015). *The Great Divide. Unequal societies and What We Can Do About Them*. Nueva York: Norton & Company.
- Stiglitz, J. E. (2016). *El precio de la desigualdad: el 1 % de población tiene lo que el 99 % necesita*. España: DeBolsillo.
- Sassen, S. (2014). *Expulsions. Brutality and Complexity in the Global Economy*, Cambridge Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University.
- Solow, R. M. (2014). “Thomas Piketty está en lo correcto”. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, No. 523, pp. 15-17.
- Therborn, G. *The Killing Fields of Inequality*, Cambridge, Reino Unido: Polity Press.

Wright, E. O. (1994). *Interrogating inequality: essays on class analysis, socialism, and Marxism*, Londres: Verso.

Wright, E. O. (2010). *Envisioning real utopias* (Vol. 98), Londres: Verso.

Wright, E. O. (2014). *Construyendo utopías reales*, Madrid: Ediciones Akal.

